

Andrés Sabella.

## El novio de Margarita



En el primer poema de *La Flauta del Hombre Pan*, (1929). Juvencio Valle enunció la raíz de sus parábolas de encantamiento:

«Emoción sin raíz y sin espiga  
que hincha el corazón de los botones  
y desangra en aromas».

(«Destino»).

Ya su poesía se alzaba más allá de los mundos, como un pistilo sutil, como la columna donde el sueño podía abandonar sus lebreles. A través de los poemas de Juvencio Valle todo puede verse y leerse como una nota escrita por la brisa:

«La primavera me besó las manos  
y entre los dedos me cuajó esmeralda».

¡He aquí el bautizo del poeta! Verdes sus manos, verdes, como la habitación en que el Tiempo cambia los paramentos de las Estaciones, verdes, es decir, mágica. Juvencio Valle, por este bautismo, es capaz, entonces, de transitar por el secreto de la tierra, es capaz de sentir cómo el agua, el árbol y la estrella, hacen familia de sus sienes; cómo el agua, el árbol y la

estrella se entregan, lentamente, a sus dominios: «Espiga». El canto y los objetos se entienden, y entre ellos la unidad se corresponde. La claridad de Valle no es de facilidad, sino que amor y posesión, júbilo del que comprende y es comprendido. La poesía de Juvencio parece un lento río, lento para darse ocasiones de copiar el cielo: «Nudo».

Está resumido nuestro poeta en estos poemas de *La Flauta del Hombre Pan*:

«Lámpara clara  
donde mi alma desata mariposas».

(«Tú»).

«He de esperar ahora junto a la ventana  
que pase mi señora de los siete iris.  
Me han dicho que anda desnuda por el cielo,  
escribiendo con el dedo margaritas.

En la clara estación del rocío,  
tú que también eres pescador de caña.  
me dijo mi Bella Durmiente,  
hallarás tu lágrima  
prendida del último sueño  
a una pestaña de la luna.

Y será como una espiga de leche».

(«Esperanza»).

No es dificultoso advertir los útiles de resplandor, las materias diáfanas, la mentira comparable al calor de la Creación. la margarita bienamada, amaneciendo en estos labios de poeta, amaneciendo para su ardiente y continua alianza.

En «Piscinas», la novedad avanza su pie de algas, el pie explorador de la ruta que vamos inaugurando, en cada agonía, con el sobresalto de nuestro corazón:

«Veinte lunas de sueño junto a tus ojos negros,  
el viejo marinero viviendo en la tierra»,

Y en «Viajera», se acentúan los primeros triunfos del estilo:  
«en su balcón los dioses te contemplan los senos»,

para amarrar en «Plaza», las líneas de la revelación del yo frutal y soledoso del poeta, victorioso de la monotonía, por gracia del misterio, en *Tratado del Bosque*, (1932) que lo muestra doctorado en verde, dispuesto a morir por el libro que sea la Biblia del rocío y la luciérnaga.

El bosque le ha cautivado. El diván es aroma, Los árboles se unen como barrotes de trinos, y la cabeza de Valle presiente que ha llegado el instante de suplir un cofre de plata:

«Hermosos son los bosques que pueblan mi memoria».

De esta manera, se inicia la confesión de este tratado comparable a un pliego de luz, («Solveig»).

Juvencio no ignora que los hados diéronle translúcida gloria:

«para que esta vieja carne que persigue a las ninfas  
tuviera la transparencia del agua florida».

La gloria de poder penetrar en los dédalos del alba, y recostarse junto a la última estrella que despereza a los pájaros de la tierra...

Juvencio Valle posee una flauta. No es de cristal. Es una flauta invisible; con voz de sirena, acaso; flauta caída a sus manos desde el bolsillo de un angelical vagabundo:

«Esta flauta tan vieja que canta mientras sueño  
¿con qué dedos de azúcar la tocan los pastores?».

(«La Flauta»).

Tal vez, con los dedos de la infancia reencontrada en el corazón de la violeta. Tal vez... En todo caso, la flauta ha hechizado al poeta, la flauta que no es sino el bosque hecho música:

«¿Qué cosa habrá más buena para lavar las sienas  
que florecer, huyendo del pilar de cemento,  
que abandonar los remos y tender las raíces,  
escuchando la flauta que silba en la colina?»

Y de la flauta nacen ritmos paganos, pequeños, faunos celestes, niñas coronadas por una cinta de aire. Al sonido encantador, obedecen las leyes finales de la tierra, y el bosque se mueve, el bosque baila:

«Bailen, bailen las frondas, la pollera en el aire  
y desflocado el limpio delantal de rocío.  
Así como las bestias sacuden su pelambre  
que sacuda la selva su pellejo florido».

(«Danza»).

El aliento destrenza el júbilo y el poema nos coloca alas. Es el poema más ondulante, tentador y voraz que conozco, (o recuerdo), en nuestra poesía,

«Que la luz sea llama y llama la mariposa,  
que el movimiento tenga la razón de la pluma,  
que los espacios palpén al looping de la hoja  
y al propio tiempo suelten las rodajas de bruma».

«El bosque», «A la niña que huía en el bosque» y «La fiesta en el bosque», localizan el instinto de Juvencio Valle. En el primero de estos poemas se pregunta el poeta:

«¿Con qué llave de cábala han de abrirse tus arcas?».

Y la respuesta se aproxima, desde las sombras de las cosas: únicamente, hay una llave capaz de violar todo límite: la quemante, la sangrienta llave del poeta. Y Juvencio Valle, poeta, es su dueño. Viñeta luminosa, «La fiesta en el bosque» atestigua que la poesía es el doloroso canto de la sangre que concluye en máscaras de infancia:

«El día recibe en su palacio de oro  
y en medio del bosque rompen los violines».

El mito fragante, el creador que zarpa en la leyenda, el pecho capaz de recibir, en la flecha del viento, la novela de la selva: esto es el Juvencio Valle de *Tratado del Bosque*;

«Hoy la Ninfa Trébol vestida de gala  
buscaba su rosa limpia de palabras,  
y al borde de una laguna de plata  
la hallaron desnuda contando sus lágrimas».

Poeta es quien no teme a las palabras. Juvencio Valle prueba su estirpe cuando le roba destellos al diminutivo:

«y perdió en el pasto sus hojitas de oro».

.....  
«sus zapatitos de piel de durazno»,

Y cuando sostiene una obra, equilibrando la asonancia en *i-o*. La *i* por lo que evoca a un árbol, la *o* por lo que tiene de corola. ...

El que en el poema «Destino» trazó la cifra de su sangre, confirmará todo lo que la tierra le transmita desde la boca fragante de sus hijos:

«¿He de buscar el libro que no sabe de sueños?  
¿He de poner en duda la palabra del trébol?».

No. Un poeta cuando no ve, intuye. Nace con lámparas sutiles y misteriosas como presentes inestimables. Y Juvencio Valle, curioso como la luna cuando no tiene sueño, cree al trébol. Y, creyéndole, es feliz en su territorio de espejos: en esta forma crece *El Libro Primero de Margarita*, (1937).

La poesía de Valle lleva adelante una noble proa, extendida en su violencia de ala, en estas 32 estancias, llenas de un jugo secreto y dulce, de una poderosa calidad ensoñadora, de *El Libro Primero de Margarita*. Están de pie el bosque y sus rumores cercanos; están las humildes plantas con sus trajes de gala; están los animales escondidos de la fábula, haciendo sonar sus trompetas ideales; están los aires que nadie sabe de qué corazón vegetal salen, a galope, hacia la muerte; están, sólidamente enlazadas, las calidades terrestres y divinas del hombre puesto, corazón a corazón, con la naturaleza:

«Yo sé que en el bosque el rocío es celeste como una niña y se vende a doce reales la gota, para collares y pendientes» (pág. 15).

«Aquí una yegua se parece a un río y una mujer a un arco iris», (pág. 25).

«Por invisibles galerías acude la clorofila a levantar sus caperuzas. Llega vestida de siete colores como una gran señora del campo, sus canastas vienen húmedas de los recados para el toronjil y la lechuga», (pág. 39).

Poeta es Valle del pólen, de las gotas del cielo que se descuelgan al impulso de una canción, del sol niño. Trae, en sus manos, aromáticos racimos de mundo, y los acaricia delante de nosotros, para transfigurarlos en bellotas, en pájaros, en materias de admirable presencia:

«El higo grande que nos entrega, mañana a mañana, tiene en su pequeña vasija tres octavos de leche azul, uno de cabra, y lo restante es todo bálsamo de Fierabrás», (pág. 9).

Margarita, la niña insignia de sus ojos, ¿de qué piel está hecha? Es el suave delirio que le abre cien ventanas a la frente del poeta: ha levantado su lámpara de alcoholes menores en *La Flauta del Hombre Pan*; en *Tratado del bosque* fué hechicera en casa de musgo; logra su biografía en el tercer libro de Valle; y en *Nimbo de Piedra*, (1941), une los símbolos: «Margarita Petunia».

Margarita, ¿es blanca de fibras, es de claro durazno? ¿Ha jugado con Pan? ¿Es de la edad del almendro? ¿Duerme en una cajita de sándalo?

En *El Libro Primero de Margarita* ha sido descubierta la selva. Antes de Juvencio, nadie comprendía las flores. La selva vivía como una policromía tumbada casi al fin de Chile... Valle halló la selva para contarnos los mecanismos del crecimiento floral, el alcance de magia del panal y del nido. El nos ha escrito la historia pura—pura verdad—, del azahar. El nos ha mostrado el fondo verídico de la leche y de la golondrina.

El ha descornado el velo del sueño que reposa en la entraña de la rosa. . . . (Estancia 2, pág. 7).

Opio invisible el de esta obra. Una persona de nacimiento olvidado, un hortelano de manos azules, riega las palabras. . . La fábrica interior del poeta construye aviones especiales para volar por la atmósfera de las clavelinas. Libro con austeridad de coronas de espinas, el *Primero de Margarita* deja la sensación de que cruzamos por entre dioses innombrables e inolvidables, dioses del agua, de la manzana azul, del humo, de la azúcar, de la música.

Se entra en este volumen por quién sabe qué puerta ceñida de genios, y no se acierta a salir; se vive en medio de resinas que ciegan y de fuentes que perfuman como los jazmines. No nos queda sino el placer de avanzar, bajo frutos tan bellos como una cabeza de mujer; el placer de sangrar a las orillas de las piedras para saber que: *Las flores se conservan a base de movimientos generales, de substancias colorantes, de océanos atmosféricos*, (pág. 80).

Una palabra vieja, una evocación, un desgarmo expresivo, llevan de golpe, a la niñez del Mundo y del Hombre. Y la niñez se precipita en nuestras venas, que se ensanchan como si el viento las inflara, convirtiéndolas en las verdaderas flautas de su alegría:

Y es niñez su poema «Paisaje arribe», con ciudadanía en toda moderna antología nacional:

«El sol venía en un caballo,  
la luna, en una burra lenta.  
El caballo comía amapolas,  
la burra bebía menta».

Es niñez que valora las miniaturas del Universo, y que

dialoga con las muñecas y los soldados de plomo, con esas faunas magistrales de entrañas de aserrín, y que, cualquiera tarde, se embarca en el navío de papel para reconocer los contornos de las repúblicas de la manzana de oro y del templo de las cigarras:

«El caballo era un jardín  
luciendo flores violentas».

«Paisaje arriba» significa por sí solo un período de la poesía de Valle; es el anticipo menor y luminoso de *Nimbo de Piedra*, agraciado con el Primer Premio de Poesía en el Certamen del Cuarto Centenario de Santiago de Chile, en 1941.

*Nimbo de Piedra* desarticula las categorías conocidas en la obra del poeta. Es, desde luego, una manifestación de capacidad, de largura lírica. Valle se enfrenta a los cantos con las manos dispuestas al más arduo combate. La estrofa es vasta, los poemas desarrollan una longitud no habitual en nuestra poesía actual, (semejante al aliento que anima a *Los Trabajos y los Días*, de Jorge Millas); diez poemas bastan a Valle para llenar una etapa de su destino. Y a este destino ingresan vaguedades y formas que cambian la decoración del universo:

«Venid, viejo Jacob, aquí se sube,  
aquí la piedra dura es puro aire  
y la noche es una dulce polvareda».

Juvencio inicia su obra con «Escala Súbita». Sospechamos una trabazón entre «Paisaje Arriba» y este poema: trabazón de surtidores, de flechas disparadas hacia una estrella íntima. En Valle se agudiza un afán de atmósferas perdidas: la escala,

Jacob, el pie alado, las cúpulas, el viejo campanario entre las flores, . . . (1).

En seguida, hagamos una verificación humana. Cuando la guerra trizó la sonrisa española con la traición y el escarnio, los poetas del mundo se sintieron heridos. Una República Popular, es decir, una zona de luz creciente, era vestida de hiel. Viajaron muchos a nuestra España para alentarla y cantarla. Negros y blancos escritores olieron la pólvora brava de los madrileños y con Alberti y con Neruda, con el ilustre don Antonio Machado y con Tapia, conde los cantores populares y con los jóvenes, se hizo un cancionero de la dignidad. Chile cantó a España: ¿quién que fuera un poco azul pudo cerrar su boca para el loor de los leales y el anatema a los traidores?

Juvencio Valle vivía todavía su era de molinero de los cielos. Un día, una bala celeste rasgó la franja del crepúsculo. Un amigo lloraba a un camarada muerto en las trincheras. Una carta trajo banderas. Y he aquí que el aéreo, el pasajero de las nubes, cogiendo un libro, se decide a conocer la sangre española que arde. Nadie cree al comienzo. Juvencio Valle se marcha a la guerra: quiere mirar a la muerte en su siembra de dados negros. De este modo, llega a España. Y en España se vitaliza su garganta, sus pies se alían al barro de los caminos terrestres, las raíces lo circundan decididas. Y en España cono-

---

(1) En «Paisaje Arriba» encontramos una imagen que nos sirve para constatar la continuidad espiritual chilena: *Sábanas de luz*. En las páginas de *Vida Militar*, Pezoa Véliz escribió esta expresión, pero en singular. Prueba esto que se viene, desde antiguo, como en posta de raza, con una misma visión, que es una misma la pasta y la entraña. Estos giros coincidentes se dan con frecuencia entre nosotros. No se trata del plagio; es que la sangre no se traiciona. Gómez Rojas y Vicente Huidobro, por citar un ejemplo en que las distancias hacen más notable la observación, escribieron: *Una estrella desnuda*. (Gómez en su «Elegía por mi hermano», de *Los Jardines de la Muerte*, y Huidobro en su «Adiós», de *Poemas Articos*, en los mismos años 1917-18, más o menos).

ce la prisión, y a su antigua soledad de paisajes desnudos, reemplaza la soledad cuadrada de un angustioso silencio. Así, surgen para Valle efímeras campanas que el tiempo acalla para volverlas a resucitar más tarde... «Relación de España» se llama el segundo poema de *Nimbo de piedra*. Es geografía de corazón la que Valle traza. Un mapa de sierras doradas, de dorados pastores, de combatientes verdes y de pinos musicales, de ríos donde la luz deposita fibras maravillosas, una España que para los poetas reserva siempre una esquina de gala, una estatua que vuelve su busto al mediodía, una España donde

«Las mujeres van de mañana a buscar la leche,  
van al mercado. a la tienda, van al cielo»,

de una España que es viril y como depositaria de los misterios de la gracia y de la gracia de los misterios:

«sale una España nueva con otro norte dentro».

Valle, en medio del fuego, no extravía su lámpara de Aladino. Poeta es, también, el que sabe asistir a una tertulia de huracanes sin que se apague su lumbre. Lo extraordinario no se fuga de los dedos de Juvencio:

«Te toco humanamente y en ti toco  
litorales hasta hoy desconocidos».

El obús parece un pájaro de alas quemadas. Las aldeas quedan avergonzadas, como si sus ropas volaran y sus secretos quedasen al descubierto, la sangre tiembla en un hilo de eternidad. Juvencio Valle, desde el palacio de humo de la España en guerra, piensa en Chile y sus labios se llenan de signos giratorios, de pedazos de la Cruz del Sur, de astillas de

lluvias; nace ese poema carnosos y fragante que es «Chile del Sur», en que los elementos bullen en plenitud de creación:

«Allí sopla su verde cuerno el viento,  
la betarraga inmóvil se arrodilla,  
allí esgrime su lengua la cicuta  
y la dulce lechuga expelle su agua».

Valle llevó, por largos años, la visión caudalosa de su tierra, para extraerla, un día: un día en que la escarcha y la miel se presentarían en trajes desconocidos; en que la madera gemiría, lo mismo que las niñas en presencia de la noche; un día en que, por vez primera, las flores tendrían una biografía grata, y los niños se cartearían con las avellanas, porque Valle ha venido a ser el correo de la infancia y del mito vegetal en nuestra poesía:

«Y tus hulmos redondos como husos,  
de cinturón y copa almidonada».

«Chile del Sur» es un canto comparable a una salva de celestiales artillerías. Y con «Establecimiento de la Maravilla» y «Canto de Amor» completan una riquísima comarca espiritual de la poesía chilena.

«Establecimiento de la Maravilla» es, por su afinamiento, por su carga de abejas, por su código torrencial, una declaración de principios de Valle:

«¿Hay un hilo más tenso a esta altura de sueño?  
¿Hay alguna raíz oculta alimentando a otro huerto?  
¿Hay arriba otro cáliz que vertiéndose todo  
se nos cae en los hombros como una levadura?».

Su vida está amarrada al poste de los delirios. La pequeña lámpara es una criatura, la tinta con que escribe la obtiene de un tonelito de plata...

«Mi buque claro por encima del pecho  
con su espeso albornoz de nieve».

Juvencio ha construido su casa en la montaña de las amatistas: ahí su Margarita es cifra del aire, esplendor de la brisa. En *Nimbo de Piedra*, Margarita Petunia asoma sus botas de amadísima hechicera:

«lluvia de aguas borrachas,  
Margarita Petunia».

Es un leve momento. Pronto una mano destroza las alas de esta aparición y un «Canto de Amor», como un oleaje, limita el Sur de esta obra. «Canto de Amor» es la alegría del hombre que se despierta al contacto de una boca sedosa y turbadora, bajo el mandato de un olor que tranfigura, merced al impulso de unas piernas que son los remos de la dicha:

«Que todo, terneza, arroz, verbena, alambre,  
lanza, pescado, anís, ala y anillo  
a esta luz venga cayendo».

Valle que parecía amar figuras de sueño, que llevó una correspondencia amorosa con las vírgenes del mito, ama, aquí, ama como un *varón sin nobleza*, mordiendo y cantando, echando a rugir sus instintos, en la hora en que, a golpes de beso, hace un hueco en su costado de piedra lúcida:

«Si me acuerdo de ti, levanto tierra».

Sí, es tierra la caricia; tierra la canción; tierra la ola en que se nace para adorar a la mujer, que representa un cruzamiento de estrella y de leopardo. Juvencio Valle ama con su integridad de fruta viva. Los árboles, el pólen, las aguas, le han barnizado de potenciales pinturas y con la sola arma de su canto hace que el amor se rinda a sus imperios;

«cuando espero, perdido y dolorido,  
el azúcar conyugal que hay en tu lengua,  
la rosa sideral que hay en tu pelo».

Siempre Valle fué terrestre, es decir, si bien es cierto que de la tierra partió al cielo, en el cielo sostuvo una actitud terrena; estilizó y soñó, pero no se entregó a los ángeles como un siervo de sus arpas... Hombre de barro, el poeta de *Nimbo de Piedra*, desde su alba panteísta hasta esta estación de finos equipajes terrenales, ha sido leal a su origen de abiertos surcos, en la furia de un Sur rudo y fecundo. Hombre de barro ha sido para entender el drama social de nuestro tiempo, y estar junto a los camaradas de la centella proletaria; Valle, el transparente, el quebradizo, ha dado un ejemplo de entendimiento humano al conjugar su tragedia azulada, de pastor, de nigromante, con la colorada y rotunda de los pobres que harán cantar el sol en un coro de pulmones liberados...

Juvencio Valle, en *Nimbo de piedra* ha llegado a una poesía en que, como aconsejaba Mallarmé, las palabras se responsabilizan del destino del poema (2). No existe el suceso concentrado, sino que las palabras lo crean con sus resonancias ocultas, con sus poderes sugestivos, con sus filtros escondidos. Las palabras, en este libro, juegan un rol esencial; van y vienen con sus ornamentos deslumbrantes, con sus resinas seculares, con su atracción mágica. *Nimbo de piedra* acontece a ras de

(2) Valery confirmaba la proposición de Mallarmé cuando escribía: *Un poema no se hace ni con sentimientos, ni con ideas, un poema se hace con palabras.*

palabras. Pero el poeta sabe qué leyes se necesitan para que, simplemente dichas, produzcan una conmoción misteriosa, y no retrocede. Valle obscurece ahora sus acentos. Un realismo en cáscara de fábula se aferra a su pluma. Esta propensión a la poesía desbocada, sin aduaneros, le confunde con Neruda. Mas no es confusión en verdad, sino que conclusión de un mismo problema de canto y de encanto:

«Ay, tu médula triste, Sur de Chile,  
haciendo deltas en tu dulce vientre,  
haciendo túneles para tus raíces  
y puentes de col a col y filo a filo:  
por esos ebrios hornos pasa el hierro  
con sus crespas banderas de aluminio».

Valle y Neruda proceden de un mismo medio geográfico, tempestuoso y violento. Una misma labor de mineros del lenguaje les entronca. En Neruda, el Sur ha sido la energía subterránea que circula en sus poemas y que, obscuramente, asalta, como un temblor de huesos. Para Juvencio Valle aquel clima de potenciales fragancias fué, en extraña inversión, la fuerza de volcamiento al sueño, su livianura de lámina de oro, de hoja de parra desterrada del cielo...

Las viejas formas de Juvencio, con su donaire, están en *Nimbo de piedra*, restauradas. Los giros cotidianos no los ha olvidado y con su tacto señorial les asciende a surco de poema. Es el mismo Juvencio Valle de *La Flauta del Hombre pan*. El mismo, porque el poeta verdadero continúa; porque no se puede ser poeta a base de malabares o de saltos. El poeta trae una misión: agrandar su alma, no falsearla. Juvencio Valle no realiza otra laboriosa faena que cumplir su obligación vitalísima: su alma gana, día a día, el tamaño de su eternidad, (3).

---

(3) «El Novio de Margarita» fué leído—por su autor—en el Salón de Honor de la Universidad de Chile, el 16 de abril de 1942.